

ACTO CUARTO.

ESCENA I.

Salon de palacio.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Esos suspiros, esos profundos sollozos alguna causa tienen: dime cual es; convienceme que la sepa yo... ¿En donde está tu hijo?

GERTRUDIS.

Dejadnos solos un instante. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) ¡Ah señor, lo que he visto esta noche!

CLAUDIO.

¿Qué ha sido, Gertrudis? ¿Qué hace Hamlet?

GERTRUDIS.

Furioso está como el mar y el viento cuando disputan entre sí cual es mas fuerte. Turbado con la demencia que le agita, oyó algun ruido detrás del tapiz; saca la espada, grita: un raton, un raton; y en su ilusion frenética mató al buen anciano que se hallaba oculto.

CLAUDIO.

¡Funesto accidente! Lo mismo hubiera hecho conmigo si hubiera estado allí. Ese desenfreno insolente amenaza á todos: á mí, á tí misma, á todos en fin. Oh!... ¿y como disculpáremos una accion tan sangrienta? Nos la imputarán sin duda á nosotros, porque nuestra autoridad deberia haber reprimido á ese jóven loco, poniéndole en paraje donde á nadie pudiera ofender. Pero el esce-

sivo amor que le tenemos nos ha impedido hacer lo que mas convenia; bien así como el que padece una enfermedad vergonzosa, que por no declararla, consiente primero que le devore la sustancia vital. ¿Y adonde ha ido?

GERTRUDIS.

A retirar de allí el difunto cuerpo, y en medio de su locura llora el error que ha cometido. Así el oro (1) manifiesta su pureza, aunque mezclado tal vez con metales viles.

CLAUDIO.

Vamos, Gertrudis, y apenas toque el sol la cima de los montes haré que se embarque y se vaya: en tanto será necesario emplear toda nuestra autoridad y nuestra prudencia para ocultar ó disculpar un hecho tan indigno.

ESCENA II.

CLAUDIO, GERTRUDIS, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

¡Oh Guillermo, amigos! Id entrambos con alguna gente que os ayude.... Hamlet, ciego de frenesi, ha muerto á Polonio y le ha sacado arastrando del cuarto de su madre. Id á buscarle; habladle con dulzura; y haced llevar el cadáver á la capilla. No os detengáis. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Vamos, que pienso llamar á nuestros mas prudentes amigos, para darles cuenta de esta imprevista desgracia y de lo que resuelto hacer. Acaso por este medio la calumnia (cuyo rumor ocupa la estension del

orbe, y dirige sus emponzoñados tiros con la certeza que el cañon á su blanco), errando esta vez el golpe, dejará nuestro nombre ileso y herirá solo al viento insensible. Oh!.... Vamos de aquí... mi alma está llena de agitacion y de terror.

ESCENA III.

Cuarto de Hamlet.

HAMLET, RICARDO, GUILLERMO.

HAMLET.

Colocado ya en lugar seguro.... Pero....

RICARDO, desde adentro.

Hamlet! señor!

HAMLET.

¿Que ruido es este? ¿Quien llama á Hamlet?... Oh! ya están aquí.

(*Salen Ricardo y Guillermo.*)

RICARDO.

Señor, ¿qué habeis hecho del cadáver?

HAMLET.

Ya está entre el polvo, del cual es pariente cercano.

RICARDO.

Decidnos en donde está, para que le hagamos llevar á la capilla.

HAMLET.

Ah!... no lo creais, no.

RICARDO.

¿Que es lo que no debemos creer?

HAMLET.

Que yo pueda guardar vuestro secreto, y os revele el mio... Y además, ¿qué ha de responder el hijo de un rey á las instancias de un entremetido palaciego?

RICARDO.

¿Entremetido me llamais?

HAMLET.

Sí señor, entremetido; que como

una esponja chupa del favor del Rey las riquezas y la autoridad. Pero estas gentes, á lo último de su carrera es cuando sirven mejor al principe: porque este, semejante al mono, se los mete en un rincon de la boca; allí los conserva, y el primero que entró es el último que se traga. Cuando el Rey necesite lo que tú (que eres su esponja) le hayas chupado, te coge, te exprime, y quedas enjuto otra vez.

RICARDO.

No comprendo lo que decís.

HAMLET.

Me place en estremo. Las razones agudas son ronquidos para los oidos tontos.

RICARDO.

Señor, lo que importa es que nos digais en donde está el cuerpo, y os vengais con nosotros á ver al Rey.

HAMLET.

El cuerpo (2) está con el Rey; pero el Rey no está con el cuerpo. El Rey viene á ser una cosa, como...

GUILLERMO.

¿Qué cosa, señor?

HAMLET.

Una cosa que no vale nada... pero guarda Pablo... Vamos á verle.

ESCENA IV.

Salon de palacio.

CLAUDIO.

Le he enviado á llamar, y he mandado buscar el cadáver. ¡Que peligroso es dejar en libertad á este manco! Pero no es posible tampoco ejercer sobre él la severidad de las leyes. Está muy querido de la fanática multitud, cuyos afectos se determinan por los ojos, no por la razon, y que en tales casos considera el castigo del delincuente, y no el delito. Con-

viene, para mantener la tranquilidad, que esta repentina ausencia de Hamlet aparezca como cosa muy de antemano meditada y resuelta. Los males desesperados, ó son incurables, ó se alivian con desesperados remedios.

ESCENA V.

CLAUDIO, RICARDO.

CLAUDIO.

¿Qué hay, qué ha sucedido?

RICARDO.

No hemos podido lograr que nos diga adonde ha llevado el cadáver:

CLAUDIO.

Pero él ¿en donde está?

RICARDO.

Afuera quedó con gente que le guarda, esperando vuestras órdenes.

CLAUDIO.

Traedle á mi presencia.

RICARDO.

Guillermo, que venga el Principe.

ESCENA VI.

CLAUDIO, RICARDO, HAMLET, GUILLERMO, CRIADOS.

CLAUDIO.

Y bien, Hamlet, ¿en donde está Polonio?

HAMLET.

Ha ido á cenar.

CLAUDIO.

¿A cenar? Adonde?

HAMLET.

No adonde coma, sino adonde es comido, entre una numerosa congregacion de gusanos. El gusano es el monarca supremo de todos los comedores. Nosotros (3) engordamos á los demas animales para engordarnos, y engordamos para el gusanillo, que nos come despues. El rey gordo y el

mendigo flaco son dos platos diferentes, pero se sirven á una misma mesa. En esto pára todo.

CLAUDIO.

Ah!

HAMLET.

Tal vez un hombre puede pescar con el gusano que ha comido á un rey, y comerse despues el pez que se alimentó de aquel gusano.

CLAUDIO.

¿Y qué quieres decir con eso?

HAMLET.

Nada mas que manifestar como un rey puede pasar progresivamente á las tripas de un mendigo.

CLAUDIO.

¿En donde está Polonio?

HAMLET.

En el Cielo. Enviad á alguno que lo vea, y si vuestro comisionado no le encuentra allí, entonces podeis vos mismo irle á buscar á otra parte: Bien que si no le hallais en todo este mes, le oleréis sin duda al subir los escalones de la galería.

CLAUDIO.

Id allá á buscarle. (*Vanse los criados.*)

HAMLET.

No, él no se moverá de allí hasta que vayan por él.

CLAUDIO.

Este suceso, Hamlet, exige que atiendas á tu propia seguridad, la cual me interesa tanto como lo demuestra el sentimiento que me causa la accion que has hecho. Conviene que salgas de aquí con acelerada diligencia. Prepárate pues. La nave está ya prevenida, el viento es favorable, los compañeros aguardan, y todo está pronto para tu viaje á Inglaterra.

HAMLET.

¿A Inglaterra?

CLAUDIO.

Si, Hamlet.

HAMLET.

Muy bien.

CLAUDIO.

Si, muy bien debe parecerse, si has comprendido el fin á que se encaminan mis deseos.

HAMLET.

Yo veo un ángel que los ve... Pero vamos á Inglaterra. ¡A Dios, mi querida madre!

CLAUDIO.

¿Y tu padre, que te ama, Hamlet?

HAMLET.

Mi madre.... Padre y madre son marido y muger: marido y muger son una carne misma; con que.. mi madre... Eh! Vamos á Inglaterra.

ESCENA VII.

CLAUDIO, RICARDO, GUILLERMO.

CLAUDIO.

Seguidle inmediatamente: instad con viveza su embarco, no se dilate un punto. Quiero verle fuera de aquí esta noche. Partid. Cuanto es necesario á esta comision, está sellado y pronto. Id, no os detengais. (*Vanse Ricardo y Guillermo.*) Y tú, Inglaterra, si en algo estimas mi amistad (de cuya importancia mi gran poder te avisa), pues aun miras sangrientas las heridas que recibiste del acero dinamarcés y en dócil temor me pagas tributos, no dilates tibia la ejecucion de mi suprema voluntad, que por cartas escritas á este fin, te pide con la mayor instancia la pronta muerte de Hamlet. Su vida es para mí una fiebre ardiente, y tú sola puedes aliviarme. Hazlo así, Inglaterra, y hasta que sepa que descargaste el golpe,

por mas feliz que mi suerte sea, no se restablecerán en mi corazon la tranquilidad ni la alegría.

ESCENA VIII.

Campo solitario en las fronteras de Dinamarca.

FORTIMBRAS, UN CAPITAN, SOLDADOS.

FORTIMBRAS.

Id, capitán (4), saludad en mi nombre al Monarca dánés: decidle que en virtud de su licencia, Fortimbras pide el paso libre por su reino, segun se le ha prometido. Ya sabeis el sitio de nuestra reunion. Si algo quiere su Majestad comunicarme, hacedle saber que estoy pronto á ir en persona á darle pruebas de mi respeto.

CAPITAN.

Así lo haré, señor.

FORTIMBRAS.

Y vosotros, caminad con paso varagoso.

ESCENA IX.

UN CAPITAN, HAMLET, RICARDO, GUILLERMO, SOLDADOS.

HAMLET.

Caballero (5), ¿de donde son estas tropas?

CAPITAN.

De Noruega, señor.

HAMLET.

Y decidme, ¿adonde se encaminan?

CAPITAN.

Contra una parte de Polonia.

HAMLET.

¿Quien las acaudilla?

CAPITAN.

Fortimbras, sobrino del anciano Rey de Noruega.

HAMLET.

¿Se dirigen contra toda Polonia,

ó solo á alguna parte de sus fronteras?

CAPITAN.

Para deciros sin rodeos la verdad, vamos á adquirir una porcion de tierra, de la cual (esceptuando el honor) ninguna otra utilidad puede esperarse. Si me la diesen arrendada en cinco ducados, no la tomaria, ni pienso que produzca mayor interés al de Noruega ni al polaco, aunque á pública subasta la vendan.

HAMLET.

¿Sin duda el polaco no tratará de resistir?

CAPITAN.

Antes bien ha puesto ya en ella tropas que la guarden.

HAMLET.

De ese modo el sacrificio de dos mil hombres y veinte mil ducados, no decidirá la posesion de un objeto tan frívolo. Esa es una apostema del cuerpo político, nacida de la paz y excesiva abundancia que revienta en lo interior, sin que esteriormente se vea la razon por que el hombre perezca. Os doy muchas gracias de vuestra cortesía.

CAPITAN.

Dios os guarde.

(*Vanse el capitán y los soldados.*)

RICARDO.

¿Quereis proseguir el camino?

HAMLET.

Presto os alcanzaré. Id adelante un poco.

ESCENA X.

HAMLET.

Cuantos (6) accidentes ocurren, todos me acusan, escitando á la venganza mi adormecido aliento. ¿Qué es el hombre que funda su mayor felicidad y emplea todo su tiempo solo en dor-

mir y alimentarse? Es un bruto y no mas. No, aquel que nos formó dotados de tan estenso conocimiento que con él podemos ver lo pasado y futuro, no nos dió ciertamente esta facultad, esta razon divina, para que estuviera en nosotros sin uso y torpe. Sea, pues, brutal negligencia, sea tímido escrúpulo que no se atreve á penetrar los casos venideros (proceder en que hay mas parte de cobardía que de prudencia), yo no sé para qué existo, diciendo siempre: tal cosa debo hacer; puesto que hay en mí suficiente razon, voluntad, fuerza y medios para ejecutarla. Por todas partes hallo ejemplos grandes que me estimulan. Prueba es bastante ese fuerte y numeroso ejército, conducido por un príncipe jóven y delicado, cuyo espíritu impelido de ambicion generosa desprecia la incertidumbre de los sucesos, y espone su existencia frágil y mortal á los golpes de la fortuna, á la muerte, á los peligros mas terribles, y todo por un objeto de tan leve interés. El ser grande no consiste, por cierto, en obrar solo cuando ocurre un gran motivo, sino en saber hallar una razon plausible de contienda, aunque sea pequeña la causa, cuando se trata de adquirir honor. ¿Como, pues, permanezco yo en ocio indigno, muerto mi padre alevosamente, mi madre envilecida... estímulos capaces de escitar mi razon y mi ardimiento, que yacen dormidos? Mientras para vergüenza mia veo la destruccion inmediata de veinte mil hombres, que por un capricho, por una estéril gloria van al sepulcro como á sus lechos, combatiendo por una causa que la multitud es incapaz de comprender, por un terreno que aun no es suficiente sepultura á tantos cadáveres... Oh! de hoy mas, ó no existirá en mi fantasía idea

ninguna, ó cuantas forme serán sangrientas.

ESCENA XI.

Galería de palacio.

GERTRUDIS, HORACIO.

GERTRUDIS.

No, no quiero hablarla.

HORACIO.

Ella insta por veros. Está loca, es verdad; pero eso mismo debe escitar vuestra compasion.

GERTRUDIS.

¿Y qué pretende? ¿Qué dice?

HORACIO.

Habla mucho de su padre, dice que continuamente oye que el mundo está lleno de maldad: solloza, se lastima el pecho, y airada trastorna con el pie cuanto al pasar encuentra. Profiere razones equívocas en que apenas se halla sentido; pero la misma estravagancia de ellas mueve á los que las oyen á retenerlas, examinando el fin con que las dice, y daudo á sus palabras una combinacion arbitraria, segun la idea de cada uno. Al observar sus miradas, sus movimientos de cabeza, su gesticulacion espresiva, llegan á creer que puede haber en ella algun asomo de razon; pero nada hay de cierto, sino que se halla en el estado mas infeliz.

GERTRUDIS.

Será bien hablarla, antes que mi repulsa esparza conjeturas fatales en aquellos ánimos que todo lo interpretan siniestramente. Hazla venir. (*Vase Horacio.*) El mas frívolo acaso parece á mi dañada conciencia presagio de algun grave desastre. Propia es de la culpa esta desconfianza. Tan lleno está siempre de recelos el delincuente, que el temor de ser descubierto hace tal vez que él mismo se descubra.

ESCENA XII.

GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

OFELIA.

¿En donde está la hermosa Reina de Dinamarca?

GERTRUDIS.

¿Como va, Ofelia?

OFELIA.

(*Estos versos, y todos los que siguen en el presente acto, los canta Ofelia.*)

¿Como al amante

Que fiel te sirva,

De otro cualquiera

Distinguiria?

Por las veneras

De su esclavina,

Bordon, sombrero

Con plumas rizas,

Y su calzado

Que adornan cintas.

GERTRUDIS.

¡Oh querida mia! ¿y á que propósito viene esa cancion?

OFELIA.

¿Eso decis?... Atended á esta:

Muerto es ya, señora,

Muerto y no está aquí.

Una tosca piedra

Á sus plantas ví,

Y al césped del prado

Su frente cubrir.

Ah! ah! ah! (*Dando risotadas.*)

GERTRUDIS.

Si, pero Ofelia...

OFELIA.

Oid, oid.

Blancos paños le vestian....

ESCENA XIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, OFELIA, HORACIO.

GERTRUDIS.

Desgraciada! ¿Veis esto, señor?

OFELIA.

Blancos paños le vestian

Como la nieve del monte,

Y al sepulcro le conducen

Cubierto de bellas flores,
Que en tierno llanto de amor
Se humedecieron entonces.

CLAUDIO.

¿Como estás, graciosa niña?

OFELIA.

Buena: Dios os lo pague..... Dicen que la lechuza fue antes una doncella, hija de un panadero... Ah!... Sabemos lo que somos ahora, pero no lo que podemos ser..... Dios vendrá á visitarnos.

CLAUDIO.

Alusion á su padre.

OFELIA.

Pero no, no hablemos mas en esto; y si os preguntan lo que significa, decid:

De san Valentino (7)
La fiesta es mañana:
Yo, niña amorosa,
Al toque del alba
Iré á que me veas
Desde tu ventana,
Para que la suerte
Dichosa me caiga
Despierta el mancebo,
Se viste de gala.

CLAUDIO.

¡Graciosa Ofelia!

OFELIA.

Sí, voy á acabar: sin jurarlo, os prometo que la voy á concluir.

¡Ay misera! Cielos!
¡Torpeza villana!
¿Qué galan desprecia
Ventura tan alta?
Pues todos son falsos,
Le dice indignada:
Antes que en tus brazos
Me mirase incauta,
De hacerme tu esposa
Me diste palabra.

CLAUDIO.

¿Cuanto ha que está así?

OFELIA.

Yo espero que todo irá bien... Debemos tener paciencia... (Se entristece y llora.) Pero yo no puedo menos de

llorar considerando que le han dejado sobre la tierra fria... Mi hermano lo sabrá... preciso... Y yo os doy las gracias por vuestros buenos consejos..... (Con mucha viveza y alegría.) Vamos la carroza. Buenas noches, señoras, buenas (8) noches. Amiguitas, buenas noches, buenas noches.

CLAUDIO, á Horacio.

Acompáñala á su cuarto, y haz que la asista suficiente guardia. Yo te lo ruego.

ESCENA XIV.

CLAUDIO, GERTRUDIS.

CLAUDIO.

Oh! todo es efecto de un profundo dolor: todo nace de la muerte de su padre; y ahora observo, Gertrudis, que cuando los males vienen, no vienen esparcidos como espías, sino reunidos en escuadrones. Su padre muerto, tu hijo ausente (habiendo dado el mismo justo motivo á su destierro), el pueblo alterado en tumulto con dañadas ideas y murmuraciones sobre la muerte del buen Polonio, cuyo entierro oculto ha sido no leve imprudencia de nuestra parte. La desdichada Ofelia fuera de sí, turbada su razon, sin la cual somos vanos simulacros, ó comparables solo á los brutos; y por último (y esto no es menos esencial que todo lo restante), su hermano, que ha venido secretamente de Francia, y en medio de tan estraños casos, se oculta entre sombras misteriosas; sin que falten lenguas maldicientes que envenenen sus oídos, hablándole de la muerte de su padre. Ni en tales discursos, á falta de noticias seguras, dejaremos de ser citados continuamente de boca en boca. Todos estos afanes juntos, mi querida Gertrudis, como una máquina destructora que se dis-

para, me dan muchas muertes á un tiempo.

(Suena á lo lejos un rumor confuso, que se irá aumentando durante la escena siguiente.)

GERTRUDIS.

¡Ay Dios! ¿Que estruendo es este?

ESCENA XV.

CLAUDIO, GERTRUDIS, UN CABALLERO.

CLAUDIO.

¿En donde está mi guardia?... Acudid... defended las puertas... ¿Qué es esto?

CABALLERO.

Huid (9), señor. El Océano, sobrepajando sus términos, no traga las llanuras con ímpetu mas espantoso, que el que manifiesta el jóven Laertesiego de furor, venciendo la resistencia que le oponen vuestros soldados. El vulgo le apellida señor; y como si ahora comenzase á existir el mundo, la antigüedad y la costumbre (apoyo y seguridad de todo buen gobierno) se olvidan y se desconocen. Gritan por todas partes: nosotros elegimos por rey á Laertes. Los sombreros arrojados al aire, las manos y las lenguas le aplauden, llegando á las nubes la voz general que repite: Laertes será nuestro rey, viva Laertes.

GERTRUDIS.

¿Con que alegría sigue ladrando esa trailla pérfida el rastro mal seguro en que va á perderse!

CLAUDIO.

Ya han roto las puertas.

ESCENA XVI.

LAERTES, CLAUDIO, GERTRUDIS, SOLDADOS Y PUEBLO.

LAERTES.

¿En donde está el Rey? (Volvién-

dose hácia la puerta por donde ha salido, detiene á los conjurados que le acompañan, y hace que se retiren.) Vosotros, quedaos todos afuera.

VOCES.

No, entremos.

LAERTES.

Yo os pido que me dejéis.

VOCES.

Bien, bien está.

LAERTES.

Gracias, señores. Guardad las puertas... y tú, indigno Principe, dame á mi padre.

GERTRUDIS.

Menos, menos ardor, querido Laertes.

LAERTES.

Si hubiese en mi una gota de sangre con menos ardor, me declararia por hijo espurio: infamaria de cornudo á mi padre, é imprimiria sobre la frente limpia y casta de mi madre honestísima la nota infame de prostituta.

CLAUDIO.

Pero Laertes, ¿cual es el motivo de tan atrevida rebelion?... Déjale, Gertrudis, no le contengas... no temas nada contra mí. Existe una fuerza divina que defiende á los reyes: la traicion no puede como quisiera penetrar hasta ellos, y ve malogrados en la ejecucion todos sus designios..... Dime, Laertes, ¿por qué estás tan airado?... Déjale Gertrudis... Habla tú.

LAERTES.

¿En donde está mi padre?

CLAUDIO.

Murió.

GERTRUDIS.

Pero no le ha muerto el Rey.

CLAUDIO.

Déjale preguntar cuanto quiera.

LAERTES.

¿Y como ha sido su muerte?... Eh!...

no, á mí no se me engaña. Váyase al infierno la fidelidad, llévese el mas atezado demonio los juramentos de vasallaje, sepúltense la conciencia, la esperanza de salvacion en el abismo mas profundo... La condenacion eterna no me horroriza: suceda lo que quiera, ni este ni el otro mundo me importan nada... Solo aspiro, y este es el punto en que insisto, solo aspiro á dar completa venganza á mi difunto padre.

CLAUDIO.

¿Y quien te lo puede estorbar?

LAERTES.

Mi voluntad sola, y no todo el universo; y en cuanto á los medios de que he de valerme, yo sabré economizarlos de suerte que un pequeño esfuerzo produzca efectos grandes.

CLAUDIO.

Buen Laertes, si deseas saber la verdad acerca de la muerte de tu amado padre, ¿está escrito acaso en tu venganza que hayas de atropellar sin distincion amigos y enemigos, culpados é inocentes?

LAERTES.

No, solo á mis enemigos.

CLAUDIO.

Querrás, sin duda, conocerlos.

LAERTES.

Oh! á mis buenos amigos yo los recibiré con abiertos brazos, y semejante al pelicano amoroso los alimentaré, si necesario fuese, con mi sangre misma.

CLAUDIO.

Ahora hablaste como buen hijo, y como caballero. Laertes, ni tengo culpa en la muerte de tu padre, ni alguno ha sentido como yo su desgracia. Esta verdad deberá ser tan clara á tu razon, como á tus ojos la luz del dia.

VOCES.

Dejadla entrar.

(Ruido y voces dentro.)

LAERTES.

¿Que novedad... que ruido es este?

ESCENA XVII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES, OFELIA, ACOMPAÑAMIENTO.

(Ofelia sale vestida de blanco, el cabello suelto, y una guirnalda en la cabeza, hecha de paja y flores silvestres, trayendo en el faldellin muchas flores y yerbas.)

LAERTES.

¡Oh calor activo, abrasa mi cerebro! ¡Lágrimas, en extremo cáusticas, consumid la potencia y la sensibilidad de mis ojos! Por los Cielos te juro que esa demencia tuya será pagada por mí con tal esceso, que el peso del castigo tuerza el fiel, y baje la balanza.... ¡Oh rosa de mayo! amable niña! mi querida Ofelia! mi dulce hermana!.... ¡Oh Cielos! ¿y es posible que el entendimiento de una tierna jóven sea tan frágil como la vida del hombre decrepito?... Pero la naturaleza (10) es muy fina en amor, y cuando este llega al esceso, el alma se desprende tal vez de alguna preciosa parte de sí misma, para ofrecérsela en don al objeto amado.

OFELIA.

Llévroule en su ataud

Con el rostro descubierto.

Ay no ni, ay ay ay no ni.

Y sobre su sepultura

Muchas lágrimas lloveron.

Ay no ni, ay ay ay no ni.

A Dios, querido mio. A Dios.

LAERTES.

Si gozando de tu razon me incitaras á la venganza, no pudieras conmoverme tanto.

OFELIA.

Debeis cantar aquello de:

Abajito está (11):

Llámele, señor, que abajito está.

¡Ay, qué á propósito viene el estribillo!.. El pícaro del mayordomo fue el que robó á la señorita.

LAERTES.

Esas palabras vanas producen mayor efecto en mí, que el mas concertado discurso.

OFELIA.

Aquí traigo romero, que es bueno para la memoria. (A Laertes.) Tomad, amigo, para que os acordeis..... Y aquí hay trinitarias, que son para los pensamientos.

LAERTES.

Aun en medio de su delirio quiere aludir á los pensamientos que la agitan, y á sus memorias tristes.

OFELIA, á Gertrudis.

Aquí hay hinojo para vos, y palomillas y ruda... (12) para vos tambien, y esto poquito es para mí.... Nosotros podemos llamarla yerba santa del domingo... vos la usaréis con la distincion que os parezca.... (A Claudio.) Esta es una margarita.... Bien os quisiera dar algunas violetas; pero todas se marchitaron cuando murió mi padre. Dicen que tuvo un buen fin.

Un solitario (13)

De plumas vario

Me da placer.

LAERTES.

Ideas funestas, afliccion, pasiones terribles, los horrores del infierno mismo, todo en su boca es gracioso y suave.

OFELIA.

Nes deja, se va,

Y no ha de volver.

No, que ya murió,

No vendrá otra vez...

Su barba era nieve,

Su pelo tambien.

Se fue ¡dolorosa

Partida! se fue.

En vano exhalamos

Suspiros por él.

Los Cielos piadosos

Descanso le dén.

A él y á todas las almas cristianas. Dios lo quiera... Eh! señores, á Dios.

ESCENA XVIII.

CLAUDIO, GERTRUDIS, LAERTES.

LAERTES.

¡Veis esto, Dios mio!

CLAUDIO.

Yo debo tomar parte en tu afliccion, Laertes: no me niegues este derecho. Oyeme aparte. Elige entre los mas prudentes de tus amigos aquellos que te parezca. Oigannos á entrambos, y juzguen. Si por mí propio ó por mano agena resulto culpado, mi reino, mi corona, mi vida, cuanto puedo llamar mio, todo te lo daré para satisfacerte. Si no hay culpa en mí, deberé contar otra vez con tu obediencia, y unidos ambos, buscaremos los medios de aliviar tu dolor.

LAERTES.

Hágase lo que decís.... Su arrebatada muerte, su oscuro funeral, sin trofeos, armas, ni escudos sobre el cadáver, ni debidos honores, ni decorosa pompa; todo, todo está clamando del Cielo á la tierra por un exámen el mas riguroso.

CLAUDIO.

Tú le obtendrás, y la segur terrible de la justicia caerá sobre el que fuere delincuente. Ven conmigo.

ESCENA XIX.

Sala en casa de Horacio.

HORACIO, UN CRIADO.

HORACIO.

¿Quienes son los que me quieren hablar?

CRIADO.

Unos marineros, que segun dicen, os traen cartas.

HORACIO.

Hazlos entrar. (*Vase el criado.*) Yo no sé de que parte del mundo pueda nadie escribirme, si ya no es Hamlet mi señor.

ESCENA XX.

HORACIO, DOS MARINEROS.

MARINERO 1.º

Dios os guarde.

HORACIO.

Y á vosotros tambien.

MARINERO 1.º

Así lo hará, si es su voluntad. Estas cartas del embajador que se embarcó para Inglaterra, vienen dirigidas á vos, si os llamais Horacio, como nos han dicho.

HORACIO, lee la carta.

«Horacio: luego que hayas leído esta, dirigirás esos hombres al Rey, para el cual les he dado una carta. Apenas llevábamos dos dias de navegacion, cuando empezó á darnos caza un pirata muy bien armado. Viendo que nuestro navio era poco velero, nos vimos precisados á apelar al valor. Llegámos al abordaje: yo salté el primero en la embarcacion enemiga, que al mismo tiempo logró desafierrarse de la nuestra, y por consiguiente me hallé solo y prisionero. Ellos se han portado conmigo como ladrones compasivos; pero ya sabian

lo que se hacian, y se lo he pagado muy bien. Haz que el Rey reciba las cartas que le envío, y tú ven á verme con tanta diligencia como si hubieras de la muerte. Tengo unas cuantas palabras que decirte al oido, que te dejarán atónito; bien que todas ellas no serán suficientes á espresar la importancia del caso. Esos buenos hombres te conducirán hasta aquí. Guillermo y Ricardo siguieron su camino á Inglaterra. Mucho tengo que decirte de ellos. A Dios. Tuyo siempre — HAMLET.»

Vamos. Yo os introduciré para que presentéis esas cartas. Conviene hacerlo pronto, á fin de que me lleveis despues adonde queda el que os las entregó.

ESCENA XXI.

Gabinete del Rey.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO.

Sin duda tu rectitud aprobará ya mi descargo, y me darás lugar en el corazon como á tu amigo, despues que has oido con pruebas evidentes que el matador de tu noble padre conspiraba contra mi vida.

LAERTES.

Claramente se manifiesta..... Pero decidme: ¿porque no procedéis contra escesos tan graves y culpables, cuando vuestra prudencia, vuestra propia seguridad, todas las consideraciones juntas deberian escitaros tan particularmente á reprimirlos?

CLAUDIO.

Por dos razones; que aunque tal vez las juzgarás débiles, para mí han sido muy poderosas. Una es (14) que la Reina su madre vive pendiente casi de sus miradas, y al mismo tiempo (sea desgracia ó felicidad mia) tan es-

trechamente unió el amor mi vida y mi alma á la de mi esposa, que así como los astros no se mueven sino dentro de su propia esfera, así en mí no hay movimiento alguno que no dependa de su voluntad. La otra razon por que no puedo proceder contra el agresor públicamente, es el grande cariño que le tiene el pueblo; el cual, como la fuente cuyas aguas mudan los troncos en piedras, bañando en su afecto las faltas del Principe, convierte en gracias todos sus yerros. Mis flechas no pueden con tal violencia dispararse, que resistan á huracan tan fuerte; y sin tocar el punto á que las dirija, se volverán otra vez al arco.

LAERTES.

Sí, y en tanto yo he perdido á un ilustre padre, y hallo á una hermana en la mas deplorable situacion... Mi hermana, cuyo mérito (si alcanza el elogio á lo que ya no existe) se levantó sobre lo mas sublime de su siglo, por las raras prendas que en ella se admiraron juntas... Pero llegará, llegará el tiempo de mi venganza.

CLAUDIO.

Ese cuidado no debe interrumpirte el sueño, ni has de presumir que yo esté formado de materia tan insensible y dura, que me deje remesar la barba y lo tome á fiesta... Presto te informaré de lo demas. Basta decirte que amé á tu padre, que nosotros nos amamos tambien, y que espero darte á conocer la.... Pero.... ¿Qué noticias traes?

ESCENA XXII.

CLAUDIO, LAERTES, UN GUARDIA.

GUARDIA.

Señor, veis aquí cartas del Princi-

pe: esta para vuestra Majestad, y esta para la Reina.

(*Da unas cartas á Claudio.*)

CLAUDIO.

¿De Hamlet! ¿Quien las ha traído?

GUARDIA.

Dicen que unos marineros; yo no los he visto. Horacio, que las recibí del que las trajo, es el que me las ha entregado á mí.

CLAUDIO.

Oirás lo que dicen, Laertes. Déjanos solos.

ESCENA XXIII.

CLAUDIO, LAERTES.

CLAUDIO, lee una carta.

«Alto y poderoso señor: os hago saber como he llegado desnudo á vuestro reino. Mañana os pediré el permiso de ver vuestra presencia Real; y entonces, mediante vuestro perdón, os diré la causa de mi estraña y repentina vuelta. — HAMLET.»

¿Qué quiere decir esto? ¿Se habrán vuelto los otros tambien, ó hay alguna equivocacion, ó acaso todo es falso?

LAERTES.

¿Conoceis la letra?

CLAUDIO, examinando con atencion la carta.

Sí, es de Hamlet... *Desnudo*.. y en una enmienda que hay aquí, dice: solo... ¿Qué puede ser esto?

LAERTES.

Yo nada alcanzo.... Pero dejadle venir, que ya siento encenderse en nuevas iras mi corazon... Sí, yo viviré, y le diré en su cara: tú lo hiciste, y fue de esta manera.

CLAUDIO.

Si el caso es cierto... Eh! ¿Como es posible?... ¿Y qué otra cosa puede ser?... ¿Quieres dirigirte por mí, Laertes?